

# PUENTE DE LOS PEROS

AURELIO ASIAIN



*No había hombre que no tropezase con un pero y para cada uno había un sino: qué valiente soldado pero gran ladrón; qué hermosa dama sino fuese necia; fulano santo pero simple; gran médico pero todos se le mueren; lindo ingenio pero sin juicio.*

Baltasar Gracián, *El Criticón*

**24** de agosto. Me preguntaba hace unos días si tardaríamos en ver publicado un *Manual del perfecto idiota chiapaneco*. Hoy recibo el *Bestiario de la modernidad mexicana* de Julián Meza. Un diccionario con entradas como esta: "Guerrilla: Una partida de encapuchados entregados al diálogo permanente con una partida presupuestada".

25. Es la hora de los bestiarios. También los guerrilleros publican el suyo. En *Proceso*, los dirigentes del Ejército Popular Revolucionario ofrecen una caracterización de los intelectuales mexicanos: de un lado, los que están "al servicio del pueblo", como Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes y "la mayoría de los intelectuales"; del otro, Octavio Paz, Enrique Krauze y "algunos otros del mismo equipo de *Vuelta*".

En la misma revista, José Emilio Pacheco recuerda cómo, leyendo a Victor Hugo, Rubén Darfo advirtió las posibilidades del alejandrino, olvidado durante siglos por la poesía de nuestra lengua. No está de más señalar que Hugo, en quien hay mucho más que la grandilocuencia y los afanes titánicos con que él mismo tejió su caricatura para la posteridad, ejerció en los acentos de ese metro un lenguaje que, por su soltura y su desenfado, le abrió las puertas de la poesía al lenguaje ciudadano contemporáneo. Un ejemplo memorable es *La fête chez Thérèse*, cuadro lírico a medio camino entre la charla de sobremesa, la crónica de sociales y la evocación íntima. Un poema delicioso que fue quizá el modelo de dos piezas esenciales del modernismo hispanoamericano: la "Carta a Mme. Lugones" de Darfo y "La duquesa del duque Job", de Gutiérrez Nájera.

26. Modernistas. En el mamotreto que acaba de publicar (*Crónica literaria*), José Joaquín Blanco se empe-

ña en declarar (nunca en mostrar) que los modernistas "fueron versificadores manieristas (atenidos por completo a un elaborado sistema de afectadas recetas retóricas) capaces de virtuosismos y aun de audacias de orfebrería poética, pero de nada más". En cambio, le simpatizan nuestros románticos y propone, para leerlos, "hacer a un lado brevemente, como herramientas poco oportunas, los criterios de universalidad, corrección formal, soltura versificadora, amplio juego artístico, y ver si funcionan en algo la intrepidez paya (pero intrepidez), la furia oratoria (pero furia), la exaltación sensiblera (pero exaltación), la franqueza desaliñada (pero franqueza), el populatismo filantrópico (pero un populatismo bien lejos del arzobispado), el donjuanismo bobalicón (que es el único que cuenta), etcétera". Es decir, los buenos sentimientos y las buenas intenciones como criterio literario. ¿Qué género de crítica puede basarse en principios semejantes? La respuesta es obvia: la crítica militante del género que practica José Joaquín Blanco. Es asombroso que se haya tomado el trabajo de leer a los románticos mexicanos para explorar "si funcionan en algo" semejantes valores: intrepidez paya, exaltación sensiblera, franqueza desaliñada, populatismo filantrópico y donjuanismo bobalicón los encontrará, muy puros y muy auténticos, en los versos de cualquier adolescente. En cada comecuras se esconde una hermana de la caridad irritada.

27. *Pas japonais*, del poeta francés Jean-Louis Giovannoni. El título es el nombre, en Occidente, de los *tobi-ishi* japoneses: piedras que, dispuestas a distancia de un paso una de la otra y según el plan de un itinerario adecuado al paisaje circundante, forman el camino de acceso al pabellón de la ceremonia del té y ritman la andadura, guían la vista, ordenan la respiración. Así los textos brevísimos de este libro, cada uno autosuficiente y parte a la vez de una secuencia. ¿Poemas, aforismos, fragmentos? Pasos de una meditación sobre la gravedad. *Tobi-ishi* (una innovación del siglo XVI) quiere decir sencillamente "pasos de piedra":

No hay más tierra que aquella que dejamos a cada instante.

Hablas y escribes para que las cosas  
dejen de coincidir consigo mismas.

El nombre de las cosas da a entrever  
lo que sería un mundo desprendido  
de sí mismo.

Casi se trata más de respirar  
que de escribir.

Escribir, para leer nuestra voz  
en la voz de los otros.

28. El lenguaje de Giovannianni recuerda, por su tono como por sus procedimientos, al de Roger Munier, que prologó alguno de sus libros y tradujo a un poeta argentino, Roberto Juarroz, con el que ambos comparten no sólo la inclinación metafísica sino el espíritu de geometría. En los tres, el despliegue de la visión poética se desencadena a partir del contraste y la oposición rítmica no de los acentos sino de los conceptos. Una poesía más para pensada que para dicha y que encarna ese despojamiento formal extremo que históricamente comenzó con el rechazo de los excesos parnasianos y simbolistas (modernistas en nuestro caso), renunciando primero a la rima, después a la métrica y finalmente a la música y aún a los tonos de la oralidad.

Desde hace un par de décadas los poetas sacan del desván los ropajes de que la modernidad había despojado a la poesía. En muchos casos, las telas huelen a naftalina y el porte de quienes las visten es más bien ridículo. Algunos siguen la moda con cierta gracia. Otros más aprovechan aquellos diseños para tejer nuevos modelos que los recuerdan, ya parodiándolos, ya dándoles, en los mejores casos, un aire de modernidad. Es el caso del chileno Óscar Hahn (1938), autor de una obra brevísima (cuatro libros; centenar y medio de páginas) y casi sin desperdicio.

El primer libro de Hahn, *Arte de morir*, recreaba la imaginería de las danzas de la muerte medievales y las visiones del Arcipestre con un lenguaje que al mismo tiempo se revelaba educado en la poesía del renacimiento y del modernismo (como dejaban ver ciertas citas y alusiones, pero sobre todo la maestría formal):

Mi cama está deshecha: sábanas en el suelo  
y frazadas dispuestas a levantar el vuelo.  
La muerte dice ahora que me va a hacer la cama.  
Le suplico que no, que la deje deshecha.  
Ella insiste y replica que esta noche es la fecha.  
se acomoda y agrega que esta noche me ama.  
Le contesto que cómo voy a ponerle cuernos  
a la vida. Contesta que me vaya al infierno.  
La muerte está sentada a los pies de mi cama.  
Esta muerte empeñosa se calentó conmigo

y quisiera dejarme más chupado que un higo.  
Yo trato de espantarla con una enorme rama.  
Ahora dice que quiere acostarse a mi lado  
sólo para dormir, que no tenga cuidado.  
Por respeto me callo que sé su mala fama.  
La muerte está sentada a los pies de mi cama.

Todos los libros publicados por Óscar Hahn están reunidos en *Tratado de sortilegios* (Hiperión, 1992). Todos, menos el más reciente: *Versos robados* (Visor, Madrid, 1996; algunos de los poemas que lo integran se publicaron en esta revista), que se abre con este epígrafe: "Todos mis versos son ajenos/Yo tal vez los robé". Hahn alude así a la importancia que tiene en su obra la relectura y reescritura de la tradición (no sólo literaria: abundan en este libro los versos que repiten o recrean dichos y frases hechas), pero también a su convicción de que no hay verso que no implique uno anterior y que no suponga un lector, una lengua, un habla. La poesía se refiere siempre, en último término, a nuestro lugar común y todo poema se dice desde el principio por segunda vez. Un poema es un eco.

29. Durante cierto tiempo un escritor mexicano que vive en Nueva York, Ilán Stavans, me envió artículos para *Vuelta*. Ninguno digno de publicarse: ni los temas ("Borges y el laberinto", digamos) ni la prosa ni las ideas se distinguían de la moneda corriente en las revistas universitarias. La carta que acompañaba al último comenzaba con la frase "Ya sé que no te gustan mis cosas". No volví a saber de él hasta que, hace meses, le propuso a Javier Aranda alguna colaboración. Ahora veo un artículo suyo publicado en *Salmagundi*: "Vuelta: a Succint Appraisal". Esta revista aparece ahí como "un instrumento de control cultural". Por algo será.

30. Andrés Manuel López Obrador, presidente del PRD, le pide al EPR que en sus acciones "no afecte a terceros". Me pregunto quiénes son los segundos. ¿A los soldados o a los policías sí les da permiso de matarlos?

31. Hace poco en un cartón de Helguera en *La Jornada* dos orientales muy elegantes aparecían diciendo algo como "Qué curioso. Aquí los limosnelos visten con colbata". Hablaban como chinos aunque eran japoneses: el Primer Ministro Hashimoto y su esposa. Pero los japoneses no hablan como chinos: no pronuncian la ele. "Qué curioso", pensé, "aquí los ignorantes escriben en el periódico". Hoy leo en la revista *Leggere* un comentario sobre la última novela de Alessandro Baricco, *Seta*, que ocurre en Japón y en la que los errores históricos son numerosos. *Giappone fa rima con imprecisione*, dice el comentarista (que, sin embargo, elogia otro libro de ambiente japonés: *Come la luna dietro la nuvole*, de Carla Vasio, cuyo asunto es la vida de la novelista Higuchi Ichiyoo). Y sí. En el *Diccionario de palabras y frases extranjeras* de Aguilar se da "muchacha" como significado de *musmé*, que quiere decir "mi hija".

1. Abigael Bohórquez: leo en *La Jornada* que “desde Gilberto Owen no había en el noroeste del país un poeta de gran talla como Abigael”; “si Jaime Sabines es el poeta del Sur, Abigael Bohórquez es el poeta del Norte”. Los versos que citan recuerdan el tono de mucha poesía comprometida, que confunde la inspiración con el ímpetu declarativo, el sentimiento de la forma con la rotundidad oratoria y la visión poética con el narcisismo confesional: “Vengo a estarme de luto/ porque puedo./ Porque si no lo digo/ yo/ poeta de mi hora y de mi tiempo,/ se me vendría abajo el alma, de vergüenza/ por haberme callado”. Claro, se trata de un poeta *sexually correctness*: homosexual y víctima del sida. Ahora que ha muerto, sus panegiristas dicen que se le cerraron las puertas del medio literario por la actitud *antigay* de los funcionarios. Habrá sido por eso, pero además es un poeta bastante malo.

2. También son malos la mayor parte de los aforismos de Edmundo O’Gorman, de los que tenía noticia pero que hasta hoy conozco, en una edición de la Dirección de Difusión Cultural prologada por Gonzalo Celorio. No son aforismos: O’Gorman, que confundió en unos libros inteligentísimos la forma del ensayo con la del alegato jurídico, da aquí por aforismos lo que no son sino ocurrencias. Dice el primero: “El amor es la prueba de que el hombre carece del instinto de la propia conservación”. ¿Por qué “la propia”? Porque había que oponer la conservación de la especie a la propia, claro. Pero un aforismo no es un silogismo. Y, una vez eliminado el ripio, lo que viene a decir la frase es un lugar común.

3. Entre las muchas páginas interesantes que hay en *Jaime Gil de Biedma. Cartas y artículos* de Juan Ferraté (Sirmio, 1994), me llama la atención la carta del 22 de agosto de 1962. Escribe Ferraté:

“Dado que la revolución es necesaria”, parece haberte dicho (y hasta aquí te sigo, probablemente, sin discusión), “lo único que me toca hacer es ponerme *del lado* de la revolución”, sin más averiguaciones, esto es, sin averiguar si no te sería posible, y preferible, poner a la revolución de tu lado, del lado que tú crees, o presumes, que es lo justo y verdadero, no del lado, claro está, por donde se vencen tus intereses económicos presentes o futuros o tus tendencias psíquicas. [...] has decidido dar por bueno, sin más, que la revolución no puede estar sino donde la ponen los más persistentes, obtusos y dogmáticos monopolistas del término. [...] te importa engañarte, mantenerte en la ambigüedad, probablemente para no quedarte solo [...] Lo malo está en que a los otros, los que harán la revolución por ti, es casi seguro que no les importe nada de ti [...] Pues a ellos el programa revolucionario no les importa nada, sino tan sólo la acción revolucionaria, esto es: su propio poder.

La carta termina con otra reconvencción:

En fin: tú eres capaz de admirar a Espronceda, lo que me resulta

chocante (no lo he leído desde 1940 o 1941), pero tal vez también yo te sorprenda diciéndote que hay que leer, y sin demora, a Alarcón (el mexicano), el más pulido, cortés y witty de los dramaturgos del XVII, tan bueno como Molière.

4. Me envía Andrés Sánchez Robayna el segundo librito del Taller de Traducción Colectiva de la Universidad de La Laguna, coordinado por él: *Siete días de ayer* de Claude Esteban, él mismo un traductor notable. Se trata de una secuencia, ordenada en siete grupos de siete poemas cada uno, todos de diez versos, que conforman un diario en torno a la experiencia de la muerte:

Es que estoy esperando, soy yo acaso  
quien espera en la puerta, que sea  
ella y yo esté ante ella,  
nada con qué acogerla, sólo  
las manos, que la puerta  
se abra y que ella diga  
que es de noche, que llueve, pero que  
va a quedarse y la mesa  
está ahí, preparada, y yo delante  
igual que quien empieza a impacientarse.

No es ya una traducción, sino un poema de nuestra lengua.

5. A propósito de comecuras: el último número de *Esprit* incluye un dossier sobre las ambigüedades de la tolerancia, con un ensayo sobre *Voltaire, fanatique de la tolerance*, en que la actitud intransigente de M. Arouet ante el catolicismo es vista como el intolerante fanatismo religioso de un combatiente por el deísmo. *Pas mal*.

6. De Higuchi Ichiyoo (1872–96), la escritora mencionada en *Leggere*, y de la que Shuichi Kato, en su excelente historia de la literatura japonesa, habla con elogio, hay cuando menos un libro traducido al francés (Take Kurabe) y al inglés (Growing Up): *Takekurabe*, su novela más famosa, que no he leído. Pero ya conozco el argumento: ayer pude ver una bonita versión [en dibujos animados!]

7. Un poema de Jean Tardieu, en traducción muy libre, que le envío desde aquí a José Emilio Pacheco:

#### JUSTICIA DESCONOCIDA

Suenan tras el tabique a toda hora,  
desde el cuarto de al lado, bajas voces;  
juzgan, condenan —y después perdonan  
un crimen que transgrede hondas razones.

Y no sé si yo soy el culpable,  
y no sé si esa voz tiene un nombre.

8. Otro de Tardieu, casi literal, que quizá aprecie Tomás Segovia:

PROCESO VERBAL

El individuo estaba solo.  
Andaba como un loco  
le hablaba a las aceras  
le sonreía a las ventanas  
lloraba para sus adentros  
y sordo a las preguntas  
huía de la gente, parecía no verla.

Lo arrestamos.

9. Si resulta asombroso que alguien se aventure a publicar hoy una antología de poemas a la rosa, como lo ha hecho Francisco Hernández (*La rosa escrita*, Aldus, 1996), más lo es no encontrar en ella el más evidente: el de Francisco de Rioja, "Pura, encendida rosa, / émula de la llama . . ." Sobre todo porque el libro está tan bien armado y se deja leer con tanto gusto, que uno se pregunta si en esa omisión no hay alguna clave. Buscas en Rosa a Rosa, oh peregrino . . .

10. Francamente, habría preferido que el espléndido trabajo investigador de Guillermo Sheridan hubiera dejado intacto el volumen de la *Poesía* de José Gorostiza, que siempre he tenido por muestra impecable de obra cumplida, y no le agregara tanto poema huero y borrador curioso, quizá encerrándolos en cambio en un volumen, si erudito, distinto, pues la que hoy se llama con atrevida suficiencia *Poesía completa* (Fondo de Cultura Económica) resulta menos acabada y redonda que la que antes sabía renunciar orgullosa al adjetivo. Los editores de Eliot no añadieron a los *Collected Poems* los fragmentos excluidos de *The Waste Land*, que han sabido vender bien en ediciones de gran formato.

11. Pero, si unos editores nos muestran más de la cuenta, otros escatiman lo que debieran prodigarnos. No se encuentra aún en las librerías la edición de la *Poesía completa* de Enrique González Martínez publicada (es un decir) hace un año y sobre la que tanto osmos hablar en el homenaje con motivo de su aniversario. Circula ya, en cambio, la grabación en que el mismo autor lee sus poemas, coeditada por la UNAM y El Colegio Nacional, en una serie discográfica que, curiosamente, se exhibe y vende en mercados que los libros de sus editores ignoran.

12. El último número de *Nexos* anuncia en la portada una serie de artículos sobre "El regreso de los setentas", es decir "el nuevo auge de la opción guerrillera, del latinoamericanismo, de la canción de protesta, de la mojigatería, del redencionismo trascendental" (y de otros horrores, como los pantalones acampanados y los zapatos de plataforma). Me acuerdo de aquel lema publicitario: *Los setentas, qué suerte de vivirlos*.

En un buen artículo de ese número, Gustavo Hiraes señala no las similitudes sino las diferencias entre el

discurso guerrillero de aquellos años y el actual, con su mezcla de postmarxismo foucaultiano, mitología de la virginidad del mundo indígena y apelación al sentimentalismo comunitario, y encuentra la clave de ese discurso en una palabra: *resistencia* —a las fuerzas del Mal, es decir el neoliberalismo, de cuyo derrumbe surgirá el nuevo mundo. ¿Por qué en México?, se pregunta Hiraes. Su respuesta enumera tres ingredientes del caldo de cultivo cuya fermentación produjo el hongo de la guerrilla: la falta de democracia, la pobreza y la ruptura del salinismo con la ideología de la revolución mexicana. Respuesta extrañamente incompleta: no se refiere sino al excipiente, pero deja de lado el elemento activo de la mezcla. Para entender lo novedoso y lo seductor del neozapatismo (que está en su apelación a la sociedad civil y en su elección de los medios masivos como campo de batalla, no menos que en su estrategia discursiva de travestimiento ideológico) es indispensable hacer la historia ideológica de las clases ilustradas mexicanas de las que el subcomandante ha surgido y a las que seduce tanto. ¿Cómo son las universidades que las formaron y las modas editoriales que encontraron en ellas su mercado?

Para ponerlo en términos que emplea José Woldenberg en otro artículo de ese número de *Nexos*: ¿cómo explicar no sólo el maniqueísmo del discurso neozapatista sino la simpatía que despierta en nuestras clases intelectuales? El abandono de la política y la huida hacia el utopismo (es decir: hacia ninguna parte) de estas simplificaciones teóricas tiene, desde luego, un impulso en la cultura.

13. Leo en el avión *Ella cantaba boleros*, de Guillermo Cabrera Infante. En el primer relato, "La amazona", último capítulo de *La Habana para un infante difunto*, hay una escena esencial que no recordaba: la protagonista del título no deja que el narrador la vea desnuda la primera vez que van a la cama y no puede permitirle que toque sino uno de sus pechos. En una novela de Kawabata, *Lo bello y lo triste*, hay un momento en que ocurre lo mismo. Pero las dos mujeres —bisexuales ambas— actúan así por motivos distintos: la japonesa da cada pecho a un amante distinto, la cubana no tiene sino uno. Mujeres de las islas. Islas de las mujeres.

No leo sino veo *Vuelo*, la revista de Mexicana de Aviación. Está dedicada ¡a los años setenta! Pero no sólo no aparecen las guerrillas: el título del artículo introductorio es "Los conciliatorios setenta".

14. Desde la ventana del hotel se ve la alameda central de Oaxaca: vendedores, puestos de comida, juegos mecánicos y gente, mucha gente. Me explican que el ayuntamiento ha permitido este año la instalación de juegos mecánicos en el atrio de la catedral para dificultar una posible incursión del EPR. Pero lo que nos quita el sueño —figurada y literalmente— no es el ruido de la feria sino el de las canciones de Carlos Puebla

("Hasta siempre Comandante") que un altavoz emite una y otra vez desde que amanece hasta la medianoche. Los setentas.

15. Esta ciudad de Oaxaca es sin embargo distinta de la que vi en los setentas —no había vuelto sino de paso, aunque de aquí es una rama de la familia. Lo más impresionante es, desde luego, la rehabilitación arquitectónica de una zona importante del centro de la ciudad que, aunque tiene como eje ordenador la serie de museos creados o alentados por Francisco Toledo, no se ha hecho con un criterio museográfico sino propiamente urbanístico. Son unas cuantas manzanas en las que se suceden galerías, cafeterías, restaurantes, librerías y comercios de muy distinta índole (abundan, desde luego, los dedicados a las artesanías) junto a los templos y otros edificios públicos novohispanos sin ofenderlos ni turbarlos. No hay que recorrer más de diez calles para ver varias exposiciones magníficas: entre otras, la del propio Toledo, la de Rodolfo Nieto y la de José Luis Cuevas, en el Museo de Arte Contemporáneo; la de Chagall, en el Instituto de Artes Gráficas; la de Manuel Álvarez Bravo, en el museo que lleva su nombre y que se inaugura dentro de dos días. No son sólo arquitectónicas las huellas de Toledo (y de sus huéspedes, desde luego) en la ciudad: al menos tres bibliotecas especializadas, asociaciones de ecología, libros, catálogos, periódicos y revistas de arte, poesía, historia se benefician de su apoyo generoso.

Compro, en la librería "La casa de don Porfirio", un libro de Alejandro Rossi, para regalarlo.

16. Alguien apuntó en el cuaderno de impresiones puesto a la entrada de la exposición de Francisco Toledo en el MACO:

En la enclavada  
sala el alma es la caca  
de la calaca.

17. No me gusta la exposición de fotografías de Daniel Weinstock con que se inaugura el Centro de la Imagen Manuel Álvarez Bravo, pero el edificio es espléndido y la muestra permanente del propio Álvarez Bravo tiene algunas sorpresas. Entre ellas, una fotografía en platino inédita de los años veinte, tomada quizá bajo el influjo de Weston, de un colchón de tela a listas enrollado, una espiral abstracta. Y en un cuarto, al fondo del edificio, no hay sino una cama de latón y una fotografía de Cartier Bresson. El efecto es curioso.

18. El novelista holandés Cees Noteboom publicó en el *Süddeutsche Zeitung* un artículo, que reproduce ahora Humboldt, sobre los lectores compulsivos de periódicos. Rescato esta observación: "Suele ocurrir que los diarios que mejor saben en qué clase de realidad quieren haber vivido ayer sus lectores son los que ven-

den más ejemplares". Hay que leerla con la siguiente: "No existen ciudades, regiones ni países sin periódicos, y allí donde se publica un diario está siempre el centro del mundo". Yo sé de un conocido cronista de nuestra realidad (que suele ser más bien suya que mía) que no puede viajar por el mundo sin que le envíen cada día el último ejemplar de *La Jornada*.

19. A propósito de últimos ejemplares: el redactor de una revista cultural me señala en una carta que no se dice "el último" sino "el más reciente". Ha de ser de quienes creen que hay que pedir "un vaso con agua". Y hay un puñado de (¿con?) ejemplos de estas tonterías. La peor es la de los locutores que creen, porque se lo enseñaron en la escuela, que en español hay una "v labiodental" —y la pronuncian, cuando se acuerdan.

20. "Hermanos: El día de hoy, 19 de septiembre de 1996, se cumplen 11 años de la emergencia de una nueva fuerza política y social, producto de la incapacidad gubernamental para afrontar los problemas del temblor que sacudió la capital del país; esta nueva fuerza demostró que puede responder a la destrucción con la creatividad, al caos con organización, a la muerte con vida."

El primer párrafo del subcomunicado de hoy (dirigido "Al pueblo de México; A los pueblos y gobiernos del mundo") se inicia con un lugar común y prosigue, tambaleante la sintaxis (¿cuál es el "producto": la nueva fuerza política y social o su emergencia?), con una estupidez. El lugar común es falso: la sociedad civil no surgió ni se manifestó por primera vez el 19 de septiembre de 1995. Si algo se inició ese día fue la buena prensa mexicana de un concepto tan viejo como San Agustín, con definiciones cambiantes y aun contradictorias a lo largo de la historia, y entre nosotros francamente difuso. Pero la sociedad civil no es ninguna "nueva fuerza": tiene una historia tan larga como la de los poderes (eclesiástico, político, militar) frente a los cuales se define. Y tampoco puede definirse en rigor en el mismo nivel que las otras "fuerzas políticas", a las que en parte integra y en parte se opone. La estupidez (la otra estupidez, que es otro lugar común) es suponer que la sociedad civil surge por "la incapacidad gubernamental para afrontar los problemas del temblor" (*sic*). Según ese razonamiento, con un gobierno eficaz no tendríamos sociedad civil. Claro que, en otro sentido, se entiende perfectamente la frase: con los comandantes en el poder no tendríamos sociedad civil —ni partidos políticos ni opinión pública.

21. Me ha ocurrido otras veces: estaba relejendo, no sé ya por qué impulso, a un poeta sin saber que en ese momento se moría. Neftalí Beltrán. No le han dedicado, claro, la atención que a ese Bohórquez del otro día. "Donde quiera que voy va el silencio conmigo, / me rodea y me aparta, hace de mí una isla", escribió en uno de sus mejores poemas. 